llos, combatieron desde el medio día á la media noche contra un enemigo cuatro veces más fuerte, y salieron victoriosos de uno de los más desesperados cercos que la historia de las guerras recuerda. Mi conmoción en aquel momento os la podría explicar, pero lo que de ningún modo sabría describir es el orgullo, el ardor, la impetuosa elocuencia con que todos aquellos hombres cargados de años, probados en mil vicisitudes, ocupados algunos en graves asuntos, y otros pobres y forzados á un duro trabajo para poder vivir, se lanzaron como rejuvenecidos de improviso á hablar de su antiguo Capitán; primero uno después de otro, luego diez á la vez, por último, todos en coro, contando, describiendo, imitando:—Así era su cara, de este modo andaba y gesticulaba, así llevaba la capa de *gáucho*, de este modo se echaba á nadar, así manejaba la carabina.—Yo fuí el que le sostuvo el estribo cuando montó á caballo para correr á Las Cruces á salvar al Coronel Nera, herido de muerte.—Yo estaba presente cuando cogió prisionero á aquel verdugo — Millán, — que lo había puesto en tortura, y dijo:—¡No quiero verlo; dejadlo libre!—Yo estaba á su lado en

San Antonio cuando aquel caballero endemoniado de Gómez se lanzó solo sobre nosotros para prender fuego á nuestras tiendas, y Garibaldi nos gritó:—¡No matéis á ese valiente!—Y se veía que aquellos recuerdos eran el orgullo y la alegría de todos, que no los hubieran cambiado, como decía Garibaldi, *por un globo de oro;* que hacía cuarenta años era la pasión que les alimentaba y que parecía acrecentar su vida. Y yo les miraba, les oía maravillado y me venía á la mente aquel proverbio turco: «Quien una vez ha bebido en la fuente de Tofané, se enamora de la Reina del Bósforo para toda la vida.» Así aquellos hombres que habían bebido de jóvenes el encanto de Garibaldi, después de casi medio siglo aún lo sentían. Él había marcado con fuego sobre sus frentes su nombre. Y según iban acalorándose al resucitar recuerdos, en sus palabras, en sus ojos, en sus gestos, se me aparecía la imagen del Garibaldi antiguo, y con ella, la razón íntima y primera de su poder. Sí, era aquel semblante de león en que se juntaba á la fuerza de un busto romano la belleza del perfil griego; eran aquellos ojos azules que despedían los fulgores del acero y los rayos de amor; era

aquella boca vibrante de la cual salían toques de trompa bélica y acentos de bondad infantil, aquel arrojo que no contaba los enemigos; aquella fortaleza que sonreía en medio de los espasmos, aquella jovialidad que entonaba cantos frente á la muerte; y sobre todo esto, como dijo George Sand, algo de arcano en que nadie se le asemejaba y que hacía pensar: la irradiación de los grandes predestinados, el reflejo de la visión interna de un mundo. Sí, era todo esto. Y dije á aquellos viejos:—Continuad: vosotros sois la prueba palpitante de su grandeza; él está más vivo en vuestras palabras que en mil páginas de historia; seguid hablando de él; yo llevaré el eco de vuestra voz á nuestra patria lejana!—Y hoy por vez primera cumplo mi promesa. ¡Enviemos juntos un saludo á aquellos valerosos veteranos que en su mayor parte viven todavía; dentro de veinticinco días llegará hasta ellos, y será como un beso de la patria sobre su frente gloriosa!

Mas como suele ocurrir con las personas amadas que hemos perdido, que volvemos á verlas siempre con el pensamiento en su último aspecto, la imagen de Garibaldi se nos representa con más insistencia,

no como era el Garibaldi floreciente y poderoso de América, de Roma y Palermo, sino tal como estaba en sus últimos años. ¡Qué cambio! Durante sus mejores días habíamos soñado para él una vejez reposada y risueña, que fuera como un desflorecimiento lento y casi insensible de su vigorosa madurez, un descendimiento triunfal y sereno como de un astro que se pone. Su vejez fué, por el contrario, trabajada y dolorosa. Nosotros debiéramos haber visto cómo la enfermedad que lo torturaba iba alterándole poco á poco, violentando aquellos lineamientos sagrados para todos nosotros de su rostro y extender casi sobre su frente el velo de la muerte antes que de ella huyera la luz de la vida. Todos los milaneses y millares de otros ciudadanos recuerdan como una de las emociones más profundamente piadosas de su vida el espectáculo de la última entrada que hizo en la capital lombarda para la conmemoración de su última batalla italiana. El pueblo, que hacía años no le había visto, creía que iba á ver, si no el antiguo Garibaldi, una imagen aún resplandeciente de él. En vez de esto, le vió avanzar, arrastrado lentamente en un gran carruaje, tendido sobre

un lecho como un herido de muerte, con la cara consumida y blanca como la cera, con las manos crispadas y vendadas, con el cuerpo inmóvil, volviendo la blanca cabeza con esfuerzo y con la mirada extraviada. Parecía—como dijo uno de los espectadores—el cadáver de un santo llevado en procesión por un pueblo de devotos, más que el cuerpo vivo de un hombre. Aquel no era ya Garibaldi. La inmensa multitud que se había preparado para festejarle con su voz jigantesca de mar tempestuoso, callaba consternada y lo miraba con estupor y desaliento. No, nadie podía resignarse á creer que Garibaldi no se levantaría ya más de aquel simulacro de féretro en que se mostraba. Que la ley de la vida hiriera inexorablemente á todos los demás, que la vejez, que la enfermedad derribaran con el tiempo á toda planta humana, la más firme y soberbia, se comprendía; pero que también hubieran encadenado aquel brazo, apagado aquella mirada, postrado aquella energía, casi parecía un error, una violencia cruel de la naturaleza. Nos parecía ver á la misma juventud de Italia y á todos nuestros pasados entusiasmos moribundos bajo aquella especie de capa fúnebre que

envolvía el cuerpo del héroe. Descubríanse las cabezas, tendíanse las manos hacia él, acompañábanle los ojos, humedecidos por las lágrimas; pero las bocas permanecían mudas. Sólo un murmullo dilatado y suavísimo, como una oración dicha en voz baja por la multitud, le precedía y le seguía. Eran las voces de los jóvenes de la nueva generación, que murmuraban: Nosotros que no hemos combatido, no combatiremos ya á su lado.—Eran las voces de las mujeres del pueblo que decían á sus hijos: Miradlo bien, porque pronto morirá.—Eran sus viejos compañeros de armas que suspiraban: ¡Ya nunca lo volveremos á ver!—¡Era la ciudad de las cinco jornadas que daba al capitán de las treinta victorias el adiós supremo!

Desde entonces contamos con extremecimiento sus días; alimentando, sin embargo, la esperanza, y regocijándonos cada vez que la gallarda vitalidad de su espíritu se manifiesta en algún hecho inesperado, como ocurrió por el ultraje que Francia nos infirió con el tratado de Bardo, cuando su lacerado orgullo italiano prorrumpió en aquellas palabras terribles que por un momento conmovieron á Italia, como rayo

lanzado por una tempestad. La obra de la naturaleza, sin embargo, proseguía sin tregua, despiadada, rápida; tras de cada uno de estos arranques impetuosos, volvía á plegar cansado su hermosa cabeza sobre la almohada como el pensamiento en el pasado. ¿Para qué acompañarlo con la palabra hasta el último instante? Aquella estancia desnuda, en una de cuyas paredes está colgado el retrato de su madre, aquella ventana por donde se ve el cielo sereno y la marina inmóvil; los dos pajarillos que, como siempre, vienen á posarse sobre el antepecho de la ventana, y que él, con su voz apagada, recomienda á los suyos para que sigan alimentándolos cuando se haya muerto; el último esfuerzo de cabeza con el cual se vuelve para preguntar por su pequeño Manlio que está ausente, el último movimiento convulso con el cual se enjuga la frente, la última mirada lenta y sonriente que dirige á sus hijos y á su mar... este cuadro está vivo en la memoria de todo el mundo. En su muerte, como dice Thiers de la muerte de Napoleón en Santa Elena, *todo fué grande, solemne, sencillo.*

Y ahora ¿qué homenaje más digno podemos rendir á su memoria que el representarnos en el pensamiento aquella que debe ser la predilecta de sus visiones en el mundo sobrehumano, donde él esperaba volver á ver á su madre? Representémonos esta visión, que es de nuestra historia de ayer, y parece ya de hombres y sucesos de remotos siglos; pasen ante él y ante nosotros sus diez ejércitos, sus banderas desgarradas, sus héroes, sus hermanos, sus hijos; y de sus corazones valerosos, conmovidos por el recuerdo de las sacras batallas, no de nuestros labios, arranque el himno de gratitud y de gloria.

Erguido, inmóvil sobre una roca que resiste el flujo de las generaciones, bello, rubio, soberbio como en los años más floridos de su juventud, alzando el rostro espléndido y dulce de redentor, sonrientes sus fieros y profundos ojos celestes, con los hercúleos brazos cruzados sobre el pecho rojo y los cabellos de oro y la capa gris agitados por el viento, él los ve cruzar á sus pies y revive con toda el alma en el pasado.

¿Qué Capitán en el mundo asistió jamás á un desfile más maravilloso de gentes de guerra y de recuerdos heroicos?

Al primer puñado de combatientes que

llevó consigo en la pequeña flotilla de la República de Río Grande contra los treinta navíos de la escuadra imperial brasileña; á aquel escaso y temerario pelotón tan abigarrado de indígenas italianos, españoles, mulatos, negros, inflamados todos por su primer grito de guerra por la libertad, entre los cuales brilla el rostro atrevido y honrado de Carniglia, el gigante genovés, fiel á su persona hasta la muerte,—sigue impetuoso cantando el himno nacional de Figueroa, y lanzando al viento la bandera negra, en la cual campea la imagen del Vesubio coronada de llamas, la aguerrida Legión de Montevideo, con los uniformes verdes, blancos y purpúreos, que va á combatir en defensa de su *patria de destierro*; — italianos de todas las provincias, ricos y pobres, comerciantes y aventureros, antiguos sargentos del ejército sardo, futuros Generales del ejército italiano, el joven Medici, que treinta años más tarde llevará á la tumba del panteón la espada del primer Rey de Italia, Francisco Anzani, su hermano del alma, un segundo Garibaldi á quien no le faltó más que la suerte; Cayetano Sacchi, su primer Alférez, los primeros compañeros, los primeros espectadores

de su aurora gloriosa, aquellos á quienes recordará por toda la vida con la más dulce predilección de su corazón de héroe.

Pasa la Legión de Montevideo, y otro ejército avanza más tumultuoso, más ardiente, más italiano, que agita la bandera de José Mazzini: la legión de los de Vicenza, el batallón de los de Pavía, las reliquias de sus comilitones de América, la flor de los valientes de las Cinco jornadas, una multitud de señores lombardos, un grupo de nizardos y de ligures, una colección de combatientes de todos los cuerpos francos de la alta Italia, con prendas de soldado y trajes de ciudadanos, envueltos en casacos arrebatados á los croatas, vestidos con el traje itálico, con la chaqueta de terciopelo y el sombrero con plumas, armados con fusiles y espadas de todas formas y con picas, palos y puñales: el ejército de voluntarios de 1848 que pasa y le saluda con vivas frenéticos, recordándole la primera sangre italiana esparcida en tierra italiana bajo las alas victoriosas de su nombre...

He ahí otro ejército más hermoso, más pujante, más glorioso: el ejército de Roma; sus valientes de villa Panfili y de villa Spada, el batallón de los veteranos, los cua-

trocientos universitarios, los trescientos aduaneros, los trescientos emigrados, su brava legión del 49; y primero entre los primeros el heroico Luciano Manara, abrazado á Emilio Dandolo espirante, en cuyos brazos exhaló el último suspiro; Gofredo Mameli, hermoso como un dios; Emilio Morosini, el héroe de diez y ocho años, manando sangre por tres heridas; el valeroso Dalla Longa, muerto por salvar el cadáver de un hermano; y en medio de las filas, montada á la grupa de un potro, su Anita, intrépida y amada, que fustigó á los cobardes en el camino de Orvieto, y su fiel Hugo Bassi, coronado en Bolonia con la muerte que anhelaba, y el gentil Luigi Montaldi, el gemelo de Mameli, acribillado por las bayonetas de los vencidos en 30 de Abril, y Montanari, Isnardi, Marocchetti, que aceptaron su fiera invitación en la plaza del Vaticano y fueron sus compañeros en todas las vicisitudes de la épica retirada. ¡Y gloria á ti—le gritan todos,—oh gran reivindicador de Roma!—y el himno inmortal del hermano caído asciende desde el alma de ellos á su corazón!

Las notas de los *hermanos de Italia* se pierden en los aires, y otro ejército se presenta, de aspecto diverso y nuevo, ordenado y disciplinado como legión veterana, una oleada de capotes grises y de gorros azules, marcados con la cruz de Saboya, batallones apretados y veloces de estudiantes, de artistas, de doctores, de patricios, de operarios, de poetas, mandados por antiguos oficiales de Venecia, de Roma y del Tirol, el ejército del 59, los valientes tiradores de los Alpes; y entre las primeras filas el teniente Pedotti con una bala en el corazón, y Guerzoni con un hombro roto, y De Cristofaris con el vientre destrozado, y Narciso Bronzetti orgulloso con tres heridas mortales, sonríen á su general adorado, y agitando las carabinas y los sables victoriosos, le gritan los nombres de sus tres batallas, y al sonido de los tres nombres benditos por tres veces, brilla la frente augusta!...

Y ahora: ¡tres veces gloria! Ahí está el ejército legendario, los treinta mil vencedores del 60, un torrente de color de fuego, los *mil* inmortales, soldados de todos los pueblos, centenares de jovencillos y de hombres encanecidos, bandadas de calabreses y de una pléyade de generales cuyos nombres ha registrado la historia, Sir-

tori, Cosenz, Tur, Lamasa, el antiguo campeón de Vascello; y á la cabeza de las filas de los más bravos, los muertos memorables y los heridos dignos de recuerdo: Tukery, que cayó como herido por un rayo en el asalto de Palermo; Benedetto Cairoli, que arroja sangre por la frente; Nino Bixio, que se arranca del pecho con sus propias manos la bala borbónica; Deodato Schiaffino, hermoso como una figura de Da Vinci, caído bajo una completa descarga de balas en Calatafimi; Achille Majocchi, que agita entre el humo el brazo roto; Elía, que recibió en la boca el plomo dirigido al corazón de Garibaldi; Filippo Migliavacca, el héroe de Varese, muerto como un antiguo romano en Milazzo, Pilade Brouzetti, cuyo sacrificio sublime en el Volturno salvó al ejército de un golpe mortal. ¡Todos pasan lanzando las notas triunfales del himno de Mercantini á la imagen luminosa de su dios!

Otro ejército se adelanta, ¡cuán diferente del que se aleja!; mas, sin embargo, hermoso y solemne en su austera tristeza: dos legiones de soldados aguerridos de todos los rincones de Italia, el batallón elegido de los palermitanos, una multitud inerme, bandadas de muchachos descalzos, veteranos con los cabellos grises y el pecho resplandeciente de medallas, desgarrados, calados por las largas lluvias y extenuados por las marchas forzadas y por el hambre, meditabundos todos y taciturnos como el que lleva en el alma una santa esperanza muerta. Mas á la vista del gran caído de Aspromonte, todos levantan la cabeza y le lanzan el antiguo lema: *¡Roma ó muerte!* con la altanería y el entusiasmo antiguo, y le gritan: ¡Bendita tu herida, oh capitán y padre nuestro, puesto que fué el plomo fraterno, al cual te ofreciste, el que rompió en una colina tus carnes, la primera piedra de los muros de Roma!—Y él dulcemente les contesta: ¡Bendita sea mi herida!

Y otros tres ejércitos avanzan á la carrera, llenando los aires con sus gritos. Pasan los veinte regimientos rojos del 66, flanqueados por la artillería del ejército real, llevando en triunfo al intrépido Lombardi con la frente partida, el fortísimo Chiasi herido en el corazón, el temerario Castellini acribillado de balazos en Vezza, y sus guías y sus ayudantes que hicieron una barrera de pechos entre él y la muerte en la calle de Tiarno, y el tropel heroico